

La teoría de la agresividad en Donald W. Winnicott

RAQUEL C. CHAGAS DORREY*

INTRODUCCIÓN

Para dar cuenta de la complejidad que implica el tema de los comportamientos agresivos de los niños en la escuela es preciso preguntarse cómo se construye la subjetividad en nuestra época, signada por la inestabilidad de los afectos y de los vínculos intersubjetivos. Los pequeños se encuentran desvalidos y carentes del sostén necesario que debe proveer el adulto para permitirles procesar las situaciones que exceden su capacidad de elaboración. El predominio de relaciones simétricas entre padres e hijos, o peor aún, de simetrías invertidas, conlleva el peligro de niños faltos de los cuidados imprescindibles para su desarrollo psíquico.

En la era en que prevalece la tecnología de la comunicación es llamativo que en las relaciones humanas reine el silencio, tanto de parte de los adultos, a quienes se les dificulta tanto escuchar a los hijos como proporcionarles elementos que les permitan poner en palabras lo que sienten, como de parte de los niños, que desprovistos de la capacidad de decir, expresan sus afectos con conductas impulsivas.

El psicoanálisis ha hecho aportes importantes relacionados con la constitución del sujeto y con la agresión, lo que lo convierte en una valiosa herramienta para la comprensión de la violencia en los vínculos interpersonales y la búsqueda de alternativas de intervención en esta problemática.

Donald Winnicott es uno de los autores que se ha ocupado de estudiar el tema de la agresión en el niño vinculada con la estructuración del psiquismo. Sus aportes en torno a este tema marcan una notable diferencia respecto de la forma en que otros psicoanalistas abordaron el concepto de agresión, como veremos más adelante.

Los aportes de Winnicott fueron más allá de la clínica psicoanalítica y se acercan a los padres y educadores con sus reflexiones y sugerencias respecto del cuidado y crianza de los niños a fin de favorecer un ambiente que responda a sus necesidades físicas y afectivas.

Donald Woods Winnicott nació en Plymouth, Inglaterra, el 7 de abril de 1896 y falleció el 25 de enero de 1971. En su momento fue el único psicoanalista

* Doctorado en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Maestría y especialidad en Psicología Clínica Infantil por la Universidad Autónoma de Morelos. Licenciada en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Directora General del Centro Universitario E. Kant. CE: chagasmaquel@hotmail.com

de niños que también era médico pediatra, profesión que continuó ejerciendo durante toda su vida. Ocupó importantes puestos en la Sociedad Británica de Psicoanálisis y fue su presidente durante dos periodos. Su extensa obra aportó ideas originales sobre el desarrollo temprano, principalmente sobre la vulnerabilidad del niño y la importancia de su dependencia de la madre.

Algunos conceptos importantes de la teoría winnicottiana son los de: *falso self*, *objeto* y *fenómenos transicionales*, y su particular perspectiva sobre la agresión.

Para Winnicott el *verdadero self* se refiere al aspecto más singular de cada ser humano, a lo original de cada uno y lo más auténtico. Se basa en el gesto espontáneo del bebé vinculado con su omnipotencia. Siempre que la madre pueda ser el espejo que le permite al bebé crear la ilusión de que él creó al objeto (*objeto subjetivo*), dará el espacio para que luego el *verdadero self* sea creador y le permita al sujeto sentirse real. Inicialmente el *self* tiene sus raíces en el cuerpo y los cuidados maternos contribuyen a que se logre la unidad de lo psíquico con lo somático.

Cuando la madre no es *suficientemente buena*, es decir, cuando no puede adaptarse a las necesidades psíquicas de su hijo y no puede identificarse con él en el periodo de dependencia absoluta (primer semestre de vida), es decir, cuando la madre no toma en cuenta las necesidades del bebé e impone las suyas, el niño deberá someterse a esta situación para sobrevivir y dará así lugar a un *falso self* que cumplirá la función de proteger al *verdadero self* y actuará como una defensa para reaccionar contra esta intrusión negativa del ambiente, intentando suplir las funciones de sostén que la madre no suministró. Más aún, cuando la intrusión de la madre es sorpresiva y desmesurada uno de los efectos es el odio; se altera así la realidad psíquica y se interfiere en el establecimiento del *self*, derrumbándose también la fe, la confianza, la capacidad de crear y la ilusión.

OBJETOS Y FENÓMENOS TRANSICIONALES

Luego de la ilusión omnipotente de haber creado al *objeto subjetivo* y creer que es uno con la madre, el bebé va descubriendo que está separado de ella y asume su dependencia. La desilusión le crea angustia, sobre todo cuando la madre se separa de él y/o antes de dormir, y se manifiesta en actividades específicas, como llevarse algún objeto a la boca, sostener una tela con la que se acaricia o emitir sonidos bucales. A estas experiencias que suponen una actividad de fantasía, Winnicott las llamó *fenómenos transicionales*. En esta época, que se extiende desde los cuatro o seis meses a los ocho o doce, el bebé puede descubrir un objeto suave al que se aferra, frecuentemente antes de dormir, o cuando está triste. Este objeto, designado *objeto transicional*, es la primera posesión no-Yo y es tan especial para el niño que no cederá a compartirlo con nadie.

En la teoría el *objeto transicional* aparece como un ejemplo concreto aprehensible empíricamente al que Winnicott recurre para explicar los fenómenos transicionales. Aunque no siempre existe un objeto como el osito, la sabanita o la cobija, sí es ineludible la creación de esta zona intermedia entre lo subjetivo y lo objetivo, que funciona como puente entre ambos y que constituye los *fenómenos transicionales*. El espacio que ocupa esta zona de transición se ubica entre

la realidad interna y la realidad externa, representa a la madre para el niño y precede al reconocimiento de la realidad exterior (Winnicott, 1981 [1951]).

Winnicott se refiere al destino del *objeto transicional* diciendo que no se olvida, sino que progresivamente va perdiendo su significación y deja de ser necesario para el niño, aunque el *espacio transicional* perdurará durante toda la vida y será ocupado después por el juego, por las actividades recreativas y posteriormente por la cultura, el arte, la religión, la actividad onírica e incluso la producción científica.

El *objeto transicional* posibilita la aparición del espacio de ilusión en el que se desplegará el juego: en él el niño dramatiza, representa y escenifica su fantasía. Así, cuando el juego se expresa como “matar de mentirita” no debe alarmarnos porque puede responder a un fenómeno transicional, en cambio cuando obedece a una descarga de la agresividad destructiva desaparece la función del jugar para transformarse en una actividad compulsiva.

LA AGRESIVIDAD

Winnicott considera a la agresión desde una perspectiva diferente a como se la definía en las grandes teorías psicoanalíticas de su época. Para Freud (1979 [1920]) a partir de su última teoría de las pulsiones, la agresión se vincula a la pulsión de muerte, innata, dirigida al exterior y al otro o contra sí mismo como autoagresión. Winnicott no acepta que exista el instinto de muerte innato ni lo equipara al sadismo como un impulso con finalidad destructiva. Postula en cambio a la agresión como una fuerza que es manifestación de vitalidad y la desvincula del concepto de frustración; aclara además que no debe confundirse con el enojo, al que considera *agresión reactiva* y que se origina a causa de una respuesta adversa del ambiente; una intrusión que reprime tempranamente la agresividad-motilidad del niño.

Para Winnicott el odio no es una emoción inicial en el bebé, sino que aparece muy tardíamente e implica poder reconocer al enemigo como otro. El odio se puede considerar como tal cuando hay un yo lo suficientemente integrado como para responsabilizarse de la intención agresiva, lo que se pone en evidencia en las patologías que incluyen problemas de autoestima, en las que se hace manifiesta la dificultad de sentir odio a pesar de la dimensión del daño recibido.

La agresividad, para Winnicott, constituye una fuerza vital, un potencial que trae el niño al nacer y que podrá expresarse si el entorno lo facilita, sosteniéndolo adecuadamente. Cuando esto no sucede el niño reaccionará con sumisión, teniendo dificultad para defenderse, o con una agresividad destructiva y antisocial.

Relacionando el apetito con el desarrollo emocional, Winnicott plantea que la avidez es la forma primitiva del amor asociada con la agresión, es decir que inicialmente existe una sola pulsión de amor-lucha, en la que el amor temprano contiene esta agresión-motilidad (Winnicott, 1986 [1939]).

En la consulta pediátrica Winnicott (1981 [1941]) se dedicó a observar la actitud de los bebés de cinco a trece meses de edad frente a un baja lenguas que él tenía sobre el escritorio. Concluyó que la vacilación para apoderarse del

objeto indicaba el grado de autorización o inhibición de la avidez que le había permitido su madre, es decir, hasta qué punto ella pudo aceptar o rechazar los impulsos agresivos del niño. Esta agresividad primaria adquiere diversos nombres para el autor: “avidez”, “amor o apetito primario”, “amor oral” y en todos los casos se refiere a un concepto ligado a la motilidad, a la actividad y no a la intención de daño.

En el inicio el bebé no se diferencia de la madre, es el periodo de dependencia absoluta donde el encuentro con el objeto está signado por la omnipotencia que le hace creer que él ha creado al objeto; esto configura lo que para Winnicott es el *área de ilusión*, y al objeto así constituido lo llama *objeto subjetivo*. Progresivamente se presentan momentos en que esta ilusión vacila dando lugar a los *fenómenos transicionales*, en los que el niño no forma parte de la madre pero aún no está separado de ella.

El bebé de pocas semanas de vida se prende al pecho violentamente, pero sin intención de daño; esta conducta puede ser mal interpretada por la madre como un ataque y dependiendo de la forma como ella reaccione, será el destino que tomará la agresión. Cuando el ambiente reprime esta primitiva agresividad puede dar lugar a serios problemas en el desarrollo del sujeto.

Winnicott considera que el primer conflicto importante que debe enfrentar el infante se da entre tener una experiencia de expresar la propia movilidad o *agresión primaria*, o tener que utilizar ésta para reaccionar a irrupciones, choques o ataques del ambiente al punto de quedar privado de sentir sus experiencias como propias. A esta última agresividad Winnicott la llama *agresividad por reacción o reactiva*, para diferenciarla de la *agresión primaria* no intencional.

En la siguiente fase de integración, o fase de *inquietud*, el pequeño siente angustia por el temor de perder a su madre a causa de haberla dañado, pero esa angustia se contiene con la confianza en que podrá repararla y se convierte en el sentimiento de culpa. La presencia confiable de la madre, por el hecho de seguir viva y accesible, permite que la culpa permanezca en estado potencial y adquiera la forma de “preocupación por el otro”, lo que implica asumir la responsabilidad por sus impulsos instintivos.

Para que el objeto pueda ser aceptado como independiente del niño y adquiera la cualidad de externo debe sobrevivir a su agresión. Al respecto Winnicott (2009 [1968]) considera que los intentos fallidos del niño por destruir al objeto son los que le permiten acceder a la realidad. Es decir que la agresividad, aunque suene paradójico, tiene como metas positivas llevar al reconocimiento del otro como tal, aceptando su diferencia, y favorecer el sentimiento de responsabilidad, amor y cuidado por el otro, así como permitir el desarrollo de la creatividad.

Cuando la madre no es lo suficientemente confiable porque toma distancia del bebé en esta fase de *inquietud*, él sentirá que la destruyó, lo que disminuirá las posibilidades de repararla. Al respecto Winnicott afirma que: “Si la destrucción es excesiva e inmanejable, es posible lograr muy poca reparación... Todo lo que le queda al niño por hacer es negar la paternidad de las fantasías malas o bien dramatizarlas” (Winnicott, 1986 [1939]: 177).

En este sentido Winnicott se refiere a que el niño inhiba su agresividad aún en la fantasía, o bien que la lleve a la acción agrediendo al otro.

La supervivencia del objeto implica la certeza de que su amor será constante, lo que permite al niño tolerar la ambivalencia, conocer el potencial de su propia agresión y contenerla en la fantasía; esto determinará la posibilidad de desarrollar su potencial creativo libremente.

La postura de Winnicott respecto al origen de los impulsos agresivos y sus destinos se opone a lo que sostenían otras corrientes del campo psicoanalítico, para las que el problema que planteaba la agresión era cómo controlarla, canalizarla o sublimarla. Incluso Freud (1979 [1930]) sostenía que uno de los sufrimientos del ser humano consistía en aceptar los límites que la cultura le imponía en relación a las pulsiones del Ello.

Para Winnicott, el verdadero problema no es la expresión de la agresividad, sino su temprana represión, que transforma el positivo impulso agresivo primario, necesario para el ulterior reconocimiento del otro, en *agresión reactiva*. El autor dice: "...si la sociedad está en peligro no es a causa de la agresividad del hombre, sino de la represión de la agresividad individual" (Winnicott, 1981 [1950-1955]: 281).

Cuando el ambiente promueve una represión prematura de la *motilidad agresiva*, o lo que es lo mismo, del impulso *amor-lucha*, el resultado puede ser la depresión grave, en la que también la intensidad del amor resultará disminuida.

En los primeros momentos de fusión con el ambiente, en el que el bebé crea omnipotentemente al objeto, es importante que la madre se preste a la fusión; si en cambio la interrumpe reiteradamente dará lugar a que se produzca una *agresividad reactiva* como defensa. Este prematuro choque del ambiente puede afectar en el niño la capacidad de explorar en el ámbito del conocimiento y traer como consecuencia problemas de aprendizaje. Esto significa que la agresión primaria, que está al servicio de la vida, el conocimiento y la creatividad se ve impedida, obturándose así la relación con el objeto de conocimiento, lo que dificulta su aprehensión. La energía que tiene que implementar el niño para acceder al aprendizaje se agota al ser utilizada en la agresión reactiva.

Actualmente podemos pensar la hiperactividad de algunos niños como resultado de que su ambiente no facilitó el desarrollo de su motilidad primitiva, que se expresa entonces como una descarga de ansiedad que no lleva en sí misma una intención de daño, pero que puede implicarlo como consecuencia de cierta torpeza motora que ocasiona perjuicio en el otro.

A partir de nuestra experiencia hemos observado que cuando los padres tratan de satisfacer todos los deseos de sus hijos impiden que se exprese esa motilidad-agresividad tan necesaria para su desarrollo. De hecho sabemos que la famosa edad de los berrinches, entre los dos y tres años, sirve para que el niño exprese, con su oposicionismo, su incipiente identidad, diferenciándose de los demás. Del mismo modo, la rebeldía del adolescente puede estar al servicio de la reafirmación de su nueva identidad.

En investigaciones que hemos realizado acerca de la violencia entre niños en la escuela primaria, pudimos observar la *agresión reactiva* en el niño al que se califica de violento, quien seguramente se habituó a reaccionar agresivamente

frente a un ataque sufrido en las primeras épocas de su desarrollo. En la escuela, primer lugar de socialización fuera del hogar, es donde se evidencia la agresión inmotivada y compulsiva de algunos infantes que responden violentamente aunque no medie ningún estímulo real para ello, como producto de vivenciar al mundo como un peligroso agresor. El origen de esta conducta puede radicar también en la mala relación entre los padres, de modo que el niño incorpora este modelo de violencia y luego lo actúa por identificación con ellos.

Winnicott considera que la *agresión reactiva* también puede manifestarse de maneras menos evidentes. La relación de maltrato entre padres que se agreden con frecuencia puede llevar a que el hijo incorpore este modelo de vínculo y emplee toda su energía psíquica en tratar de controlar esta experiencia en su interior, lo que trae como consecuencia una serie de síntomas que pueden oscilar entre el cansancio, la falta de energía, la depresión e incluso malestares somáticos (Winnicott, 1981 [1950-1955]).

Winnicott agrega que cuando se interrumpe la expresión de la agresión en el niño, el medio se vuelve persecutorio para él y puede formarse un patrón reactivo de adaptación con violencia encubierta y vuelta contra sí mismo, llevando a conductas autoagresivas que pueden variar en una escala que va desde los accidentes reiterados hasta los intentos suicidas, como un esfuerzo por controlar o eliminar lo que se vive como malo en su interior.

Los sucesos violentos en ambientes escolares en la actualidad nos han hecho reflexionar que esta agresión encubierta y silenciada a la que se refiere Winnicott puede tener otro destino y llegar a un momento en que no puede contenerse, expresándose en estallidos homicidas.

Si bien las manifestaciones exacerbadas de violencia resultan impactantes, es necesario reflexionar sobre aquellas interacciones cotidianas de los infantes en las que se confunde el juego con la violencia, porque responden a dos formas diferentes de interactuar con el otro que dejarán su huella en los vínculos futuros; estas interacciones podrán estar marcadas por la construcción creativa o por el sometimiento, la devaluación y el daño.

Una de las características de la actividad lúdica es que proporciona placer al niño, sin embargo, cuando la ansiedad entra en juego deja de ser una actividad placentera. Juego y creatividad están indisolublemente unidos: incluso en la adultez podemos rastrear en el trabajo placentero o la obra de arte, la marca que dejó un juego logrado. Por eso mismo no podemos hablar de juego cuando la intención es el daño al otro considerado como objeto a eliminar; en estos casos se trata de una puesta en acto de la *agresión reactiva*, que no pudo limitarse a la fantasía y que incluso bloqueó la capacidad de simbolización.

En la teoría de Winnicott son ponderadas las funciones que desempeña la madre, sin embargo, en un texto dedicado a las relaciones entre el niño y la familia destaca la importancia del padre (Winnicott, 1989 [1957]). Allí menciona la necesidad del padre de apoyar a la madre para que ella se sienta cómoda en el desempeño de su rol, y destaca que el padre es quien pone límites a la agresividad del niño hacia su madre.

Cuando el autor se refiere a la tendencia antisocial en los niños vuelve a mencionar la importancia del padre:

Cuando el niño roba fuera de su hogar, también busca a su madre, pero ahora con mayor sentimiento de frustración, y con la necesidad cada vez mayor de encontrar, al mismo tiempo, la autoridad paterna que ponga un límite al efecto concreto de su conducta impulsiva... (Winnicott, 1986 [1939]: 188).

LA TENDENCIA ANTISOCIAL

Winnicott llama *privación* a la situación en que el ambiente no suministró los cuidados necesarios en el periodo de dependencia absoluta y utiliza el término de *deprivación* para referirse a la pérdida de un ambiente “suficientemente bueno” que promueva la integración. Este último escenario es el que se vincula con la tendencia antisocial (Winnicott, 1993 [1963]).

La tendencia antisocial representa el reclamo del niño que desea recuperar un estado de bienestar perdido; Winnicott plantea que tal tendencia puede estar presente tanto en el niño sano como en el que sufre de algún trastorno psíquico. Al respecto este autor pone un ejemplo en el que el niño puede ser privado de la satisfacción de sus necesidades:

El nacimiento de un hermanito, por ejemplo, puede ser un choque terrible en este sentido particular, aun cuando el niño esté preparado para su llegada o aun cuando existan buenos sentimientos hacia el nuevo bebé. La súbita aparición de la desilusión —con respecto al sentimiento infantil de que ha creado a su propia madre— que el advenimiento del nuevo bebé puede provocar, inicia una fase de robo compulsivo (Winnicott, 1986 [1939]: 182).

La tendencia antisocial puede manifestarse en conductas como la mentira, el robo, actos destructivos, crueldad compulsiva y perversión. También puede ocurrir que el niño oculte esta tendencia y desarrolle una formación reactiva (es decir, que manifieste un afecto opuesto al que siente), o que adquiera un carácter quejoso. Las causas que originan tales tendencias se vinculan con el periodo de dependencia relativa en el que la madre dejó de adaptarse a las necesidades del yo del niño, por ejemplo por enfermedad o por estar ocupada en alguna situación que le obligara a apartarse en demasía de su hijo.

Otra de las causas relacionadas con las tendencias antisociales puede deberse a la pérdida más tardía de un ambiente que podía sobrevivir a la agresión del niño. Por ejemplo la separación de los padres puede llevar al hijo a sentir una angustia intensa que se manifieste con actitudes destructivas. Como consecuencia de cualquiera de estos hechos el niño reacciona defensivamente, atacando y perdiendo la capacidad de sentir culpa (Winnicott, 1981 [1956]).

Winnicott pone el acento en la importancia que tiene la sociedad para prevenir y enmendar las conductas destructivas que origina la tendencia antisocial del niño, quien alienta la esperanza de encontrar en otros ambientes la estabilidad perdida: “El niño cuyo hogar no logra darle un sentimiento de seguridad, busca las cuatro paredes fuera de su hogar... A menudo, el niño obtiene de sus parientes y de la escuela lo que no ha conseguido del propio hogar” (Winnicott, 1986 [1939]: 188).

Siguiendo a Winnicott podemos pensar que la violencia que el niño expresa en la escuela es en realidad un pedido de auxilio, una búsqueda de contención que no obtuvo en su hogar, un intento de que el ambiente acepte sus necesidades de dependencia y sus demandas identificatorias, por lo que los vínculos que establece con el maestro y otras figuras de autoridad pueden enmendar el daño sufrido, lo que no sólo implica una esperanza para el niño sino también para nuestra sociedad.

En suma, para Winnicott la agresividad parte del impulso primitivo del *amor-lucha* para llegar al reconocimiento de un mundo externo separado, es decir que la destructividad crea la realidad y siempre que el ambiente facilite su expresión, proveerá de fuerza a la creatividad, cuyo germen lo constituye ese primer objeto subjetivo que el bebé crea en su omnipotencia y que se consolida en el área de ilusión de los *fenómenos transicionales*. Este autor considera que los destinos negativos de la agresividad, cuando el ambiente la reprime, se pueden manifestar como culpa, devaluación, sometimiento, problemas de aprendizaje, limitación de la creatividad, o como *agresividad reactiva* destructiva. Cuando el niño percibe que la madre no ha sobrevivido a su agresión puede traer como consecuencia la depresión, la tendencia antisocial, la hipocondría, la paranoia o la psicosis maníaco-depresiva.

Si bien reconocemos la importancia que tiene la etapa de dependencia inicial del niño respecto de su madre en las patologías graves, creemos que Winnicott privilegia en demasía la importancia que otorga al ambiente como facilitador o perturbador de la salud psíquica del sujeto, particularmente en lo que se refiere a la psicopatía. En la medida en que la patología de los actos antisociales está signada por la privación ambiental, considera a estos padecimientos psíquicos como un intento del sujeto de curarse con la esperanza de que el ambiente logre resarcirlo del daño sufrido en su desarrollo, de modo que la sociedad le compense lo que le debe. En este sentido le resta responsabilidad al sujeto por sus actos, asumiéndolo como víctima de las fallas ambientales primarias, y minimiza los impulsos y el goce sádico que subyacen al comportamiento antisocial.

Pensamos que un aspecto valioso del pensamiento de Winnicott es su planteo sobre la omnipotencia como base de toda actividad creativa que se expresa desde el juego del infante hasta la producción del adulto, en contra del valor negativo que el psicoanálisis en general ha atribuido a este concepto: éste ha sido definido como una manera de compensar la inmadurez infantil, o como una defensa que puede llevar a negar la realidad, cuando también puede considerarse un camino para transformar el desvalimiento humano en una producción estética por la vía de la ilusión.

El aporte teórico de Winnicott respecto de la agresividad favorece su desmitificación como un impulso necesariamente dañino, y al plantearla como un camino para el reconocimiento de la alteridad, contribuye a aceptar la complejidad que implica y permite cuestionar los ideales pacifistas que promueven su represión.

El enfoque original winnicottiano se refiere a la agresión relacionada tanto con la creación como con el descubrimiento del otro, es decir que el camino a la alteridad parte desde niño y no de un corte o castración ejercidos por el

medio, como sostiene la tradición psicoanalítica, ya que se accede al “objeto externo”, e incluso al *self*, como otro, por la vía de la agresión espontánea propia del bebé. Es necesario acotar que no todas las relaciones violentas implican el reconocimiento del otro; por ejemplo, existen aquéllas en las que el otro es solamente un objeto a destruir al que no se le reconoce la categoría de humano.

Winnicott plantea que adaptarse a la realidad impide crearla, de ahí que llegue a considerar que existe una patología de la adaptación en los niños. Por nuestra parte hemos constatado que cuando los “buenos alumnos” son víctimas de la violencia de sus compañeros, tienen dificultades para implementar formas de defenderse por esta inhibición de la imaginación que les impide encontrar la manera de lidiar con estos problemas. Adaptarse a la realidad difiere de aceptar la realidad concebida como una construcción en la que el sujeto ha participado.

REFERENCIAS

- FREUD, Sigmund (1979 [1920]), “Más allá del principio del placer”, en *Obras completas*, t. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 3-62.
- FREUD, Sigmund (1979 [1930]), “El malestar en la cultura”, en *Obras completas*, t. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 57-140.
- WINNICOTT, Donald (1981 [1941]), “La observación de niños en una situación fija”, en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Barcelona, Laia, pp. 79-102.
- WINNICOTT, Donald (1981 [1950-1955]), “La agresión en relación con el desarrollo emocional”, en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Barcelona, Laia, pp. 281-299.
- WINNICOTT, Donald (1981 [1951]), “Objetos y fenómenos transicionales”, en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Barcelona, Laia, pp. 313-330.
- WINNICOTT, Donald (1981 [1956]), “La tendencia antisocial”, en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Barcelona, Laia, pp. 413-425.
- WINNICOTT, Donald (1986 [1939]), “La agresión”, en *El niño y el mundo externo*, Buenos Aires, Ediciones Hormé, pp. 172-179.
- WINNICOTT, Donald (1989 [1957]), “¿Y el padre?”, en *Conozca a su niño*, Buenos Aires, Paidós, pp. 117-124.
- WINNICOTT, Donald (1993 [1963]), “Psicoterapia de los trastornos de carácter”, en *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*, Buenos Aires, Paidós, pp. 247-263.
- WINNICOTT, Donald (2009 [1968]), “Sobre el uso de un objeto”, en *Exploraciones psicoanalíticas I*, Buenos Aires, Paidós, pp. 121-134.